
LA ÉTICA PROFESIONAL COMO FUENTE DE PROGRESO SOCIAL

MARCEL CANO SOLER

Una de las características esenciales de las sociedades contemporáneas es que se encuentran en permanente estado de cambio. A diferencia de lo que ocurría en otros momentos de la historia, en la actualidad vivimos una época acelerada. Tal vez extremadamente acelerada, en la que no nos damos cuenta de la gran importancia de nuestros actos cotidianos. Al vivir absorbidos por la inmediatez de un día a día agotador y estresante, no somos conscientes de la compleja interacción en la que entramos con nuestros conciudadanos. Dicha interacción se produce, de manera clara, en todos los aspectos de nuestras vidas, desde el personal y familiar hasta el profesional.

Nuestras sociedades actuales se hallan pues en un continuo estado de cambio que puede tomar dos sentidos, uno evolutivo y otro involutivo. Es aquí necesario aclarar en qué sentido podemos hablar de evolución o involución cuando nos referimos a la sociedad. Como es obvio, no se trata de una evolución biológica sino de una evolución social que se refiere al cambio orientado hacia determinadas metas (evolución) o contra ellas (involución). Más allá de la ingenuidad teleológica del gran pensador de la Ilustración, Immanuel Kant ¹, ya no podemos creer en la idea de progreso ² como un proceso inevitable e inherente a la humanidad. Así pues, no podemos hablar de ninguna "forma ontológica" de progreso, lo cual no excluye que sí podamos hacerlo en un sentido ético. Si vinculamos el progreso social con la ética, lo que estamos haciendo es vincularlo con la libertad y con la responsabilidad. De esta manera, podemos afirmar que la evolución o involución de nuestras sociedades depende directamente de nosotros. Somos responsables de esforzarnos por avanzar hacia metas éticamente deseables o de retroceder hacia un mundo desolado e inhumano.

Debemos permanecer alerta con una mirada atenta a nuestro papel como ciudadanos responsables de nuestros actos y de nuestras palabras. Como resulta evidente, el papel de lo político en esta mirada responsable es fundamental. Frente a éste, el ámbito de lo profesional no queda, ni

Departament de Filosofia Teorètica i Pràctica, Facultat de Filosofia, Universitat de Barcelona, España. / cano@ub.edu

mucho menos, exento de tal responsabilidad. Esto resulta todavía más evidente para aquellas profesiones cuyo ejercicio comporta una gran responsabilidad social. Todo profesional tiene deberes para con la sociedad en la que ha sido formado y también en la que ejerce como tal. En primer lugar, existe el deber del retorno social del conocimiento aprendido. Las personas no somos compartimentos estancos, susceptibles de vivir al margen de nuestro entorno social. En buena medida podemos decir que somos lo que somos gracias a nuestro esfuerzo personal, pero la posibilidad de que el esfuerzo personal no quede en saco roto no es inseparable del hecho de vivir en complejas redes de interacción social. En efecto, nuestro esfuerzo no se realiza en el vacío, y sólo puede obtener resultados si se suma al esfuerzo de muchas otras personas. Algunas de ellas nos son muy próximas y conocidas, mientras que otras son anónimas y, tal vez, nunca sepamos nada de ellas. Una sociedad no puede existir sin individuos que puedan desarrollar libremente todas sus potencialidades, pero es evidente que sin esa extensa red social no sólo es muy difícil, sino imposible desarrollarlas. El reconocimiento de esta necesaria interdependencia social nos obliga a aceptar nuestro deber, como profesionales, de contribuir en la medida que nos sea posible a la mejora de la sociedad.

En segundo lugar, el profesional tiene también el deber de trabajar para la mejora de la práctica de su propia profesión. Dicha mejoría va más allá de la deseable mejora técnica y la contribución al progreso del saber y de las prácticas profesionales. Sin un firme compromiso ético con la propia profesión, ésta se transforma, en el mejor de los casos, en un frío cúmulo de habilidades y conocimientos, mientras que, en el peor, podemos caer incluso en prácticas fraudulentas. Es así como el compromiso ético del profesional con la propia profesión revierte no sólo en un progreso general del conocimiento, sino también en crear un mundo mejor.

Finalmente, en tercer lugar, también tenemos una responsabilidad fundamental con nosotros mismos. Resulta evidente, y en algunos casos incluso necesario, que podemos separar nuestra condición de profesionales de nuestra moral particular como individuos. No son pocos los casos en los que, al actuar como profesionales, debemos primar el código deontológico por encima de nuestras preferencias morales. Aun así, y a pesar de las múltiples dimensiones en las que un ser humano puede vivir su ser moral ³, tendemos a vivir de manera éticamente coherente. Dicha coherencia resulta siempre, sin lugar a dudas, un valioso trampolín para conseguir progresar como persona, progreso que no puede más que irradiar positivamente nuestro entorno social inmediato.

Con esto vemos cómo el desarrollo de la práctica profesional desde la conciencia ética genera tres niveles, que podríamos considerar concéntricos, de mejora social. El primero, nuestro óptimo desarrollo como personas; el segundo, la mejora de la práctica en valores de nuestra profesión,

y el tercero, el retorno a la sociedad de lo mejor de nosotros mismos como profesionales.

En lo que respecta a mi experiencia profesional, el intento de generar valores que incidan, en la medida de lo posible, en un cambio social positivo ha sido siempre para mí una preocupación prioritaria. Así pues, como profesor universitario de ética y filosofía política mi intención ha sido siempre contribuir a generar ciudadanos y profesionales libres, con conciencia crítica y preocupados por mejorar el mundo en el que viven.

Este mismo impulso fue el que me llevó a pensar en las diferentes actividades divulgativas en las que participé ⁴: llevar el conocimiento y la conciencia crítica a la ciudadanía, al margen de su formación académica. A este respecto, en mi mente siempre han estado presentes las enseñanzas del historiador Christopher Hill en su libro *Los orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa*. Hill nos relata de una manera clara y bien documentada cómo los procesos informales de formación de adultos, en la Inglaterra del siglo XVI, fueron el motor de los cambios sociales y políticos que transformaron radicalmente ese país: «La extensión del saber popular tenía implicaciones democráticas y por eso suscitaba la oposición de los conservadores políticos y religiosos ⁵».

Ese es el *leit motiv* principal de los cursos que imparto sobre ética profesional y bioética en diferentes instituciones y universidades. En dichos cursos he podido observar cómo la inmensa mayoría de los profesionales buscan, cada vez con más conciencia, revestir su práctica científica y técnica de valores éticos; valores que terminan por otorgar a su trabajo un sentido moral decisivo y transformador de su realidad inmediata.

Resulta pues a todas luces evidente que, en estos momentos que nos ha tocado vivir, todo esfuerzo destinado a fomentar el desarrollo en valores de la sociedad se ha convertido en una necesidad perentoria. Muchas son las maneras como podemos contribuir a la mejora de las condiciones de vida, del conocimiento y del bienestar de nuestras sociedades. Sin lugar a dudas, comprometerse con el desarrollo de la propia profesión buscando siempre la guía de los principios éticos, es una de las más esenciales.

NOTAS

- 1 La idea de progreso de la humanidad la encontramos en diferentes lugares de la obra de Kant; podemos citar en especial su texto *Replanteamiento de la cuestión sobre si el género humano se halla en continuo progreso hacia lo mejor*, de 1798.
- 2 Hay muchos libros sobre la idea de progreso; los de John Bury, *La idea del progreso*, de 1920 y el más reciente de Robert Nisbet, *Historia de la idea del progreso*, de 1980, son especialmente recomendables.
- 3 Dichas dimensiones, siguiendo a la doctora Begoña Román, son esencialmente cuatro: la ética personal, la ética profesional, la ética de la organización y la ética cívica, que es el marco y la condición de posibilidad de las otras tres. Véase Román, B., *La ética en las organizaciones no gubernamentales por el desarrollo (ONGD) y los nuevos roles de la sociedad civil*, Fundación Intervida: <http://www.intervida.org/media/pdf>.
- 4 Conferencias, publicaciones, cursos en centros cívicos y en aulas de extensión universitaria, entre otras actividades.
- 5 Hill, Ch., *Los orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa*, Editorial Crítica, Barcelona, 1980.

BIBLIOGRAFIA

- Bury, J. (2009), *La idea del progreso*, Madrid: Alianza Editorial.
- Hill, Ch. (1980), *Los orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa*, Barcelona: Editorial Crítica.
- Kant, I. (1994), *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Madrid: Tecnos.
- Nisbet, R. (1981), *Historia de la idea del progreso*, Barcelona: Gedisa.
- Román, B. (2012), *La ética en las organizaciones no gubernamentales por el desarrollo (ONGD) y los nuevos roles de la sociedad civil*, Fundación Intervida.